

SOPA DE LIBROS

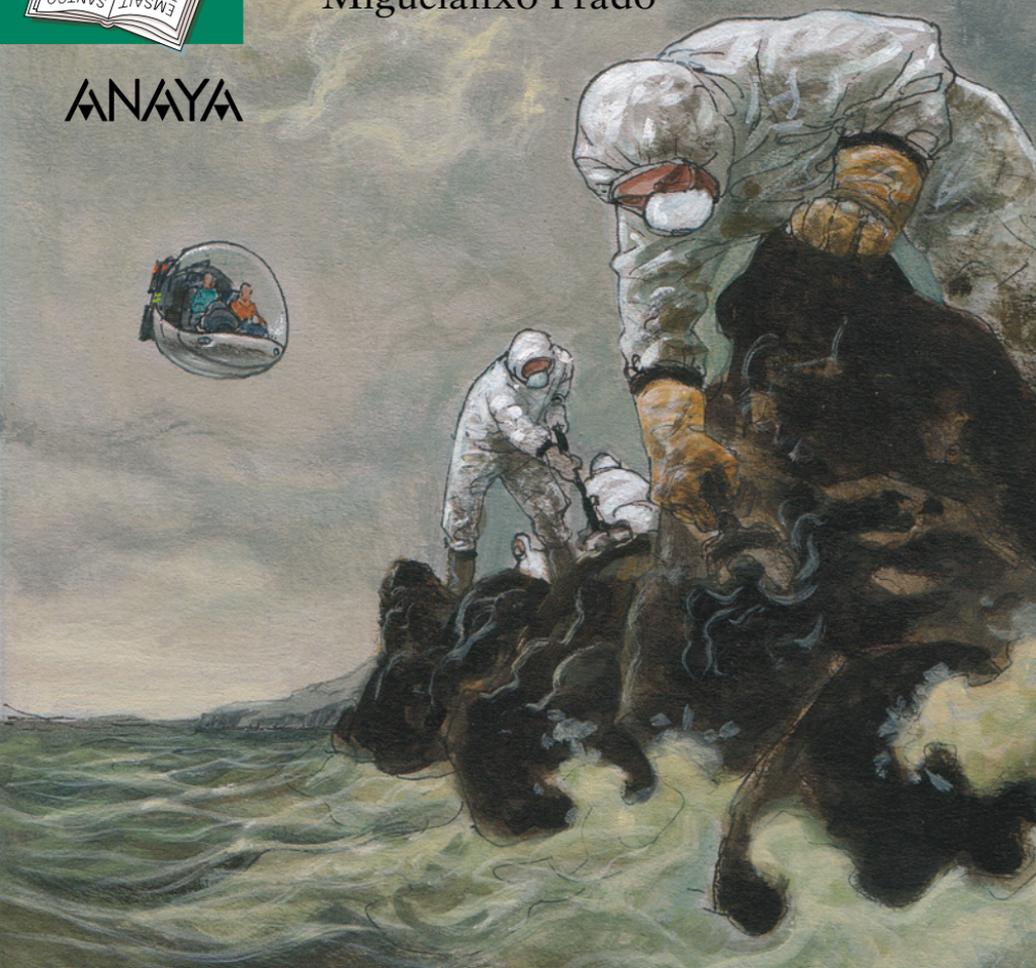
Ramón Caride

La negrura del mar

Ilustraciones de
Miguelanxo Prado



ANAYA



Título original: *A negrura do mar, A primeira aventura*

© Del texto: Ramón Caride, 2004, 2007, 2014
© De las ilustraciones: Miguelanxo Prado, 2004, 2007, 2014
© De la traducción: María Jesús Fernández, 2004, 2007, 2014
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, abril 2014

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-678-6134-1
Depósito legal: M-5171-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Caride, Ramón

La negrura del mar / Ramón Caride ; ilustraciones de Miguelanxo Prado ; traducción de María Jesús, Fernández. — Madrid : Anaya, 2014

144 p. : il. n. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 167)

ISBN 978-84-678-6134-1

1. Ecología. 2. Ciencia ficción. 3. Aventuras.

I. Prado, Miguelanxo , il. II. Fernández, María Jesús, trad.

087.5: 821.134.4-3



SOPA DE LIBROS

Ramón Caride

La negrura del mar

Ilustraciones
de Miguelanxo Prado

Traducción de María Jesús Fernández

ANAYA

LA NEGRURA DEL MAR

1

Sheila

9

¡Hola a todos! Aquí estoy otra vez dispuesta a contaros, si mi hermano me deja hacerlo sin interrumpirme, que eso es algo que está por ver, una aventura que nos sucedió antes de otras que ya os contamos, y que nos sobrecojió hasta lo más hondo. Y no era para menos, como veréis enseguida. No os lo he contado hasta ahora porque yo soy un poco desordenada, pero antes de embarcarnos rumbo al océano Antártico ya habíamos estado en el Atlántico, que nos pilla más cerca. Y digo lo de «embarcarnos» porque esta fue nuestra primera aventura por mar, después de los viajes por tierras argentinas, suizas y gallegas. En esta

aventura nos tocó cruzar el océano de un extremo al otro. Pero vayamos por partes.

Veréis: fue en el año 2076 cuando sucedió esta aventura, en un otoño en el que el mal tiempo y las continuas tormentas nos tenían encerrados en el molino, casi sin permitirnos poner un pie fuera.

La noticia repetida de aquel año en la costa eran los continuos temporales. También en Loureda llovía mucho. Llovía como si no fuera a parar nunca. El aliviadero de nuestro molino tenía que estar siempre abierto, y el paso del canal al mínimo, porque de no ser así, el agua sería capaz de arrastrarnos río abajo, tanto era el caudal que traía que no le hubiera costado ningún esfuerzo.

Aprovechábamos nuestro encierro forzoso para ir adelantando trabajo, haciendo diseños de tapices, de alfombras, y de todo lo que nos encargaban. Porque ya habíamos decidido que en cuanto llegase la primavera nos tomaríamos el trabajo con calma para poder salir más, disfrutar del buen tiempo y del paisaje para compensar tantos días de estar encerrados en casa.

Pero no os creáis que nos aburríamos, de eso nada. También teníamos tiempo para jugar, y de vez en cuando recibíamos amigos. O éramos nosotros los que cogíamos nuestro transportador para ir a verlos. También estudiábamos mucho a través de la red informática; sobre todo Said, que es el estudioso de la familia.

—¡Fíjate, Sheila, este es el otoño con más temporales desde el año 2000! —me dijo un día a media mañana, indicándome la pantalla de su ordenador, mientras la tormenta golpeaba con fuerza contra los cristales de nuestras ventanas—. ¡Qué barbaridad, en la costa hay vientos de más de cien kilómetros por hora, un día sí y otro también! ¿Sabes cuántos metros llegan a alcanzar las olas, ahora mismo, en la zona de Fisterra?

Pero a mí me llamó la atención otra cosa, una notita roja que se encendía y se apagaba en una esquina de la pantalla. Y así empezó todo.

ÚLTIMA HORA
ALARMA MEDIOAMBIENTAL
EN LAS RÍAS ALTAS

COSTA DA MORTE (28 / 10 / 2076). Pequeñas manchas aisladas de aspecto oleoso y color oscuro, de origen por ahora desconocido, que en los primeros análisis in situ se revelaron como hidrocarburos de alto punto de destilación, comenzaron a detectarse a primeras horas de esta mañana, en distintos puntos de la costa, sobre todo en zonas rocosas y playas entre el cabo Fisterra y las islas Sisargas. Aunque de momento no se han encontrado pruebas de que haya afectado a la fauna, la flora o el agua marinas, todos los equipos y dispositivos anticontaminación están ya en máxima alerta.

Al leer aquello se nos pusieron los pelos de punta y no tardamos en reaccionar. En esa ocasión Said y yo estuvimos de acuerdo. Nos levantamos dejando todo lo que teníamos entre manos.

—Vamos a coger el transportador. Los diseños pueden esperar. Tenemos que ir allí, a ver si podemos ayudar en algo.

—¿Adónde vamos, concretamente?

—La noticia habla de manchas en playas y zonas rocosas de la costa, se me ocurre que podemos ir al pedregal del Cuño. ¿Qué te parece, Sheila? Es una zona singular...

—Sí que lo es, sin duda. Por cierto, ¿te acuerdas lo bien que lo pasamos hace tres veranos, cuando estuvimos allí con Mamede, Rois y los otros chicos de Loureda, en aquella excursión?

—¿Cómo no me voy a acordar? Y no sabes cuánto los echo de menos.

Aquellos chicos amigos nuestros, de los que ya os hablaré en otra ocasión, se habían ido a vivir lejos, por distintas razones, aunque siempre que podían venían a visitarnos.

—Said, ¿tú crees que las manchas habrán llegado al Cuño?

—No lo sé, Sheila, en la noticia no se especifica. Pero por el emplazamiento que dan de la polución, es posible que se localice allí. En todo caso, enseguida lo comprobaremos. ¡En marcha!

Cogimos lo que nos pareció imprescindible para llevarnos y pusimos rumbo noroeste. Al poco rato estábamos a la vista del mar.

Bajo nosotros divisamos el cabo Touriñán a nuestra izquierda, de frente el pedregal del Cuño, y a la derecha la punta de la Voitra. Tras de ella, Nosa Señora da Barca, en la punta de Muxía. Comenzamos a descender en la ense-nada del Cuño. Entonces comprobamos que las manchas de contaminación ya habían lle-gado: grupos de personas vestidas de blanco y con máscaras, con trajes que parecían espacia-les, se afanaban en recoger algo entre las pie-dras.

14

Nos acercamos más y pudimos ver qué era lo que recogían: unas gotas oscuras, viscosas y pegajosas, del tamaño de monedas. Preguntamos qué eran, sin acercarnos demasiado para no estorbar el trabajo de aquellas personas.

Un mujer que estaba manipulando una muestra, dejó un momento su labor para aten-dernos:

—Soy la doctora Freire, chicos, ¿en qué pue-do ayudaros?

Nosotros también nos presentamos.

—Bueno, me imagino que ya habéis visto las noticias —prosiguió—, de lo contrario no estaríais aquí. Son hidrocarburos. Estamos



muy alarmados, puede ser el comienzo de una marea negra.

Nos estremecemos al escuchar aquella expresión. Aunque decir marea negra parecía algo del pasado, la frase traía a nuestras mentes imágenes que nos horrorizaban. De las grandes catástrofes ecológicas del siglo xx y de comienzos del nuestro, las mareas negras habían sido de las más desastrosas para el ecosistema marino.

16

—No entiendo, señora —decía mi hermano Said, hablando con la doctora que nos informaba—. ¿Las mareas negras no eran debidas a la contaminación producida por el vertido de petróleo, o de alguno de sus derivados en la época de los motores de combustión? Ahora que ya no se emplean, ¿de dónde pueden venir esos hidrocarburos?

—Ya veo que estáis bien informados, chicos. Efectivamente, hace varias décadas que se abandonó la explotación y destilación del petróleo. Y también el uso del carbón, cuando dejaron de emplearse definitivamente los motores de combustión y las centrales térmicas. Fueron sustituidos por fuentes de energía más

eficaces y menos contaminantes, como ya sabéis...

—Perdone, pero entonces: ¿de dónde viene este producto que mancha la costa? —interrumpí yo, que ya sabéis que a mí esas parrafadas...

—Eso es lo que estamos investigando, muchacha. Por ahora vamos a ciegas. Los barcos petroleros, oleoductos y demás medios de transporte han sido desmantelados y sus materiales reciclados. En la actualidad no circula por los mares y océanos del mundo ningún transporte de ese tipo. Lo hemos comprobado, y tenemos completa seguridad de ello.

—Y no obstante, este vertido parece reciente —nos hizo notar Said, señalando una de las manchitas y arrugando la nariz.

Así era, las gotas que salpicaban las piedras de la costa eran brillantes, y su olor, como a gasóleo, se hacía evidente al acercarse a ellas.

—Eso es lo que nos tiene desconcertados —reconoció la doctora Freire—. Parece cosa de ahora mismo, de esta misma noche. Todavía no sabemos cómo explicarlo. El problema es que estos días los vientos han rolado muchas

veces. El tiempo está muy revuelto, se hace difícil rastrear la procedencia de estas manchas... —De hecho, estaba empezando a llover, las gotas de lluvia golpeaban nuestras caras.

—De todas maneras, confiamos en que, tarde o temprano, daremos con la fuente de esta polución. Lo más urgente es retirarlo a medida que va llegando a la costa. Las aguas y los fondos están limpios en toda la zona. En eso hemos tenido suerte. Estamos en máxima alerta. Tenemos todo dispuesto contra cualquier eventualidad de contaminación. Nos ha cogido preparados porque las autoridades han escuchado a los científicos.

—¿Cómo es eso, doctora?

—Aunque hace décadas que finalizó la era del petróleo —nos aclaró—, los dispositivos de alarma y lucha contra la contaminación no han sido desmantelados, en previsión de incidencias tardías. Hubo mucha polémica en su día, por los costes que esto supone. Ahora comprobamos que estábamos en lo cierto. Y es que, como yo digo: más vale pecar de precavidos que de confiados. Una marea negra no es ninguna broma, ya lo sabéis.

Las ráfagas de viento se intensificaban por momentos. Cada vez llovía con más fuerza. El tiempo en A Costa da Morte es más duro que en Loureda. Había ratos en los que parecía que el viento nos iba a derribar. El traje de aguas de la doctora Freire era mejor que los nuestros. Said estornudó.

—Os estáis mojando, chicos. Y yo tengo que seguir trabajando. —Un compañero de la doctora, seguramente un ayudante, se había acercado mientras tanto con unos instrumentos en las manos—. Bien, espero haberos servido de ayuda. Ahora marchaos y poneos a cubierto. Seguramente en Covelo o en Cuño podréis tomar algo caliente, que buena falta os está haciendo.

—Gracias, doctora, y disculpe que la hayamos entretenido —dijimos—. Seguiremos su consejo.

—No hay de qué, no os preocupéis. Y después regresad a vuestra casa. Ahora que ya os conozco y también conozco vuestro interés, prometo teneros informados de todo lo que vayamos descubriendo.

Se lo agradecemos otra vez y echamos a andar hacia nuestro transportador. Said seguía

estornudando y el viento húmedo continuaba soplando contra nosotros. Una vez bien secos y a cubierto en el vehículo, deliberamos sobre qué podíamos hacer:

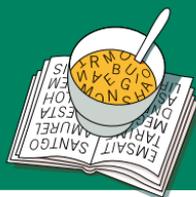
—¿Nos volvemos a casa, Sheila? ¿Tú qué dices? La cosa parece que está controlada...

—También el SC-1 parecía que estaba controlado, y sin embargo...

—Pienso lo mismo que tú, hermana. Yo no me vuelvo a Loureda sin saber cómo termina esto.

—Sí, pero lo primero es lo primero. Propongo que vayamos a Covelo a comer algo caliente.

—Estoy completamente de acuerdo, hermana. —Le había tocado su punto flaco, ya lo sabía—. Las aventuras es mejor empezarlas con la barriga llena.



A partir de 10 años

Un nueva entrega de las aventuras de Sheila y Said, que incluye una novela (*La negrura del mar*) y un relato largo (*La primera aventura*). En *La negrura del mar*, los hermanos reciben una alarma medioambiental provocada por la aparición de manchas de hidrocarburos en el océano Atlántico y en las playas gallegas. Descubrirán que este vertido tiene su origen en el accidente de un petrolero en 2002. En *La primera aventura*, conoceremos algo más del trágico pasado de los protagonistas.

1556167

ISBN 978-84-678-6134-1



9 788467 861341